

P A B L O

Duarte

I L E G I B L E

UN ENSAYO NARRATIVO SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR
Y EL PROCESO DE PENSAMIENTO LITERARIO
— ELUSIVO, COMPLEJO, INAGOTABLE —
DETRÁS DE LA BÚSQUEDA DE UN TEXTO «IDEAL»

PRÓLOGO DE TEDI LÓPEZ MILLS

gris tormenta

PABLO DUARTE

(Ciudad de México, 1980) es editor y escritor. Ha colaborado con diversos proyectos editoriales impresos y digitales, programas radiofónicos, así como con artículos para medios culturales y literarios. También participó como editor en Tumbona Ediciones, en donde fue uno de los coordinadores de la emblemática colección Versus. Entre tal variedad de ocupaciones —ensayista, locutor, corrector, guionista, traductor, ilustrador—, Duarte deambula casi siempre tras bambalinas del mundo editorial. Su obra literaria es breve y dispersa; *ILEGIBLE* es su primer libro, un largo ensayo que reflexiona sobre los procesos alrededor de la creación de un texto, la búsqueda de la frase ideal y la coherencia semántica. Todo esto, pareciera, con una admirable necesidad, casi dependencia, de la palabra escrita.

TEDI LÓPEZ MILLS

(Ciudad de México, 1959) es poeta, ensayista y traductora. Su estilo ha mostrado una gran voluntad de experimentación y una búsqueda constante de hallazgos formales, lo que le ha significado el reconocimiento como una de las escritoras más importantes de México. Sus publicaciones más recientes son *La invención de un diario*, *Mi caso Rimbaud* y *Lo que hicimos*.

Ilegible

Ilegible

Pablo Duarte

colección editor

gris tormenta

Presentación

9

Prólogo

11

Ilegible

23

Semblanzas

81

PRESENTACIÓN

La colección Editor

En el universo de los objetos con los que nos relacionamos todos los días, el libro es quizá el más complejo de todos. Sencillo a simple vista, es tal vez el que más particularidades e idiosincrasias contiene, el que más historias encierra. Aunque parezca el resultado de un pensamiento claro y directo, la genealogía inmediata de cualquier título revela que es más bien azaroso, nunca proveniente de un camino lineal. La colección Editor intenta mostrar ese largo e inesperado proceso que existe antes de que un libro sea abierto por un lector: una exploración literaria desde la curiosidad.

A través de testimonios en primera persona, esta colección de libros dedicados a los diferentes oficios de la edición propone reflexiones sobre una industria que no suele contemplarse a sí misma muy a menudo. En un presente en donde cualquier persona puede escribir y publicar en el vacío, sin necesidad de editores ni lectores, esta colección propone discusiones en la dirección opuesta: ¿cuáles son los conceptos centrales que se ponderan en los debates editoriales más complejos; las dudas y las certezas; las sutilezas del proceso creativo, esenciales y distintas para cada escritor?

Los autores de los textos que forman la colección reflexionan y ensayan sobre los procesos editoriales y el pensamiento literario que da vida a cada obra —un ejercicio de análisis esencial y atemporal. De la creación a la edición, de la traducción a la composición, Gris Tormenta tiene un gran interés por esos textos, raros hallazgos e historias originales sobre las grandes ideas que suceden en el *backstage* de la literatura.

PRÓLOGO

Al pie de la letra

El mimetismo es necesario. Voy a poner una palabra tras otra. Voy a declarar que se trata de una trinchera y que solo a mí me corresponde decidir el desenlace de una batalla sin contrincantes, con un bando único y una estrategia que concibe el revés como un triunfo, discreto, melancólico, sin duda, porque siempre estuvo alguien, yo tal vez, un paso adelante, en la punta más filosa de la ironía. Voy a observar el crecimiento de algo que se llama texto y se trabaja en un taller hipotético. Voy a aceptar que el texto está preescrito. Evitaré así incurrir en el pecado

de la ingenuidad. Ya lo dijo un gran sabio: una hoja en blanco es de hecho una hoja en negro. Un libro esconde otro libro. Una mano escribe lo que la otra oculta porque ya se escribió lo escrito antes de escribirlo. Me aprenderé las reglas de memoria.

No tengo teorías, pero me sobran lugares para acomodar las ajenas. Me dejo llevar por las frases entrecortadas, interrumpidas, vacilantes: la atmósfera ideal para sentir el pulso de la propia lectura y suspender el juicio como una cuerda tendida no sobre un vacío, sino sobre un cristal que permite ver el fondo, pero no lo suficiente para describirlo. Estoy en el taller hipotético y me arriesgo a fungir como su cronista. Veo signos de puntuación, párrafos y, de inmediato, mis ojos leen. Aunque el texto asegure desde su título que es ilegible, no hay manera de que lo sea, a menos que, por ejemplo, el autor hubiese puesto, y distorsiono, «interrogación se trata más bien de una del relato», y no, cito, «Más bien se trata del relato de una interrogación». Lo cual es nítido y provoca empatía y hasta

entusiasmo, o simples y canónicas ganas de seguir leyendo; es decir, de traicionar las intenciones o insinuaciones o guiños del propio Pablo Duarte, que figura como el artífice de una ceremonia que, según nos explica, ocurre tras bambalinas: con intensidad, lucidez, algunas instrucciones intimidantes, pero siempre con amabilidad. «Bienvenidas. Bienvenidos.» Qué alegría. ¡Hay anfitrión!

Casi cualquier cosa es admisible en un espacio deliberadamente alterado por una sintaxis intermitente, desconfiada, incluso paranoica. Puedo introducir los aviones que justo en este instante vuelan encima de mi edificio. Puedo mencionar contenidos, tramas, continuidades sin cometer el error de incluirlos en mi reparto. Puedo imitar el trino de un pájaro. Puedo argumentar que un autor escéptico es un autor autoritario porque nos enreda en sus titubeos obsesivos y nunca nos permite perderlo de vista. Puedo provocar una disputa con la idea misma del texto, hurgar entre sus líneas e irritarme porque no logro entrar aunque claramente hay

puertas. Puedo incluso creer que es cierto lo que afirma Duarte acerca de su «poca fe en la escritura» y, en plena paradoja, emocionarme con algunas frases: «cuando sí vamos al grano, lo hacemos más como abeja que como flecha» o «es preciso tener claro de qué se habla. De otro modo, la dispersión gana por asfixia, como la hierba que sofoca a otra hierba». Me puedo preguntar si eso no es escribir. O ¿qué es eso sino el cuerpo de un texto? Lo único que no debo hacer (de ahí el *casi*) es dilucidar las razones de lo *ilegible* o suponer que es un acertijo y que a mí me toca solucionarlo. Bajo la superficie de las palabras no hay, que yo sepa, un esqueleto.

Pesan como rocas mis infinitivos. Quizá me hundan en el trayecto. La ironía se cruza con la tragedia. Lo sé de antemano. Duarte recoge una piedra del suelo y la guarda en su bolsillo «sin sistema». No es un acto, sino un símil, como el del pez que flota «lastimoso y quieto» o el del farmacéutico protagonista de una novela. Nada debe entenderse del todo. Ante la complejidad se establecen listas. Lo

que leo no es, por ejemplo, «una promesa cumplida», sino «un arrepentimiento por llegar». Me doy cuenta de que el sentido del humor es una brújula.

Soy principiante. He ahí mi única convicción. Avanzo de una página a otra, como indica el protocolo, subrayo y luego anoto en mi cuaderno. Las frases profundas se desmienten con rapidez. A las cinco de la tarde comienza el taller hipotético de Duarte. Llego puntual. En mi bolsa traigo mis ejercicios recientes: varios incipits y fragmentos de prosas breves. Postularé que a estas alturas los fragmentos son en sí un género literario y que he resuelto pulirlos, adelgazarlos, hasta que luzcan conceptuales, a la medida de su tamaño. Me gustaría ofrecer también algunas indicaciones acerca de mi hipótesis de los espejismos retrospectivos. No equivalen a recuerdos ni a sueños ni a alucinaciones. No son poemas alternativos. No son refugios para las palabras que no se usan. No son acicates líricos. Se asemejan, en todo caso, a la visión de charcos en un espejo retrovisor.

Suelen rimar adrede, a fin de que el oído interno no se distraiga con las orlas de espuma en el agua que poco a poco se va secando.

Las analogías son dialécticas. Se descarrian hacia el lado contrario con facilidad y disuelven así sus contradicciones. Por ejemplo: el pez que flota está muerto, pero no en el texto que lo representa, pues la muerte ahí es un atributo, no una circunstancia. Vaya embrollo. Como el de mis pies y mi cabeza cuando son intercambiables. Camino sin rumbo por la avenida muy cerca del crepúsculo. Las repeticiones no son muletillas, sino parte del repertorio. Creo que el taller hipotético es una obra de teatro. Se escribe y se ensaya lo que se va a leer. «El solipsismo puro es inhabitable», señala Duarte. E inde-mostrable, añadiría yo, si no hay testigos. En consecuencia, le toca exhibirse, exponerse. Siempre con la mirada punzante del autor por encima del hombro: «la escritura, desde hace mucho tiempo, no tiene remedio».

Entonces: ¿qué pieza nuevo en el tablero invisible? El texto incluye tres listas y veinte

frases para la elaboración de un decálogo: «Escribe sin pensar», por ejemplo, o «Miente». Creo que son lazos que el autor les lanza a sus lectores y futuros discípulos; anzuelos para no desanimarlos en la ardua tarea de la escritura imposible. El taller hipotético consiste en cinco sesiones. En la cuarta se aconseja que uno tache lo que lleva escrito para averiguar si queda algo detrás de la línea recta que atraviesa las letras. Creo que es una táctica más filosófica o filológica que literaria. Tacho uno de mis incipits: ~~Se perdió el resto de la vida~~. Observo el resultado. Mi personalidad literal no consigue discernir nada más allá de la frase tachada. Quizá solo que es prescindible. La tradición, al menos la mía, acostumbra inicios. Duarte los cancela.

El texto es un umbral, pero no comienza ni tampoco concluye. Existe en un borde. Arriba y abajo son lo mismo. Cielos vacíos que se invierten. Me coloco en el borde. Quizá tachando incipits supere la noción de que para continuar hay que empezar. ~~Se despertó en un tren~~. Espero unos segundos. No

pasa nada. No se escribe lo que sigue. No sin que yo intervenga. ¿Qué ocurre después de que uno se despierta en un tren? El paisaje es llano: grava, abrojos, basura. O exuberante: selvático, barroco, verde. La pasajera de la fila contigua estira las piernas y saca un periódico. Lo hojea. El tren prosigue su camino. La pasajera recuerda el tercer piso de la torre donde vivió unos cuantos meses. Se pregunta cómo habrán sacado el cadáver. El olor a grasa oxidada duró días en las escaleras. ¿Por qué no se fijó en los detalles? ¿Por qué no se asomó en el instante preciso de esa muerte?

En la última sesión del taller hipotético no hay nadie salvo yo. Descubro otra lista: justificaciones de por qué no se terminó el texto de marras, como dirían los profesionales de la retórica. Es de opción múltiple. En este espacio minuciosamente cultivado y sitiado por la inteligencia elijo: «No sé qué me pasó». Pienso en los vestigios de la imaginación revueltos con las señalizaciones y las grafías. Le doy la vuelta a las ideas percibidas como ruinas o sombras desplazadas. Quisiera ahon-

dar, pero eso afectaría la estructura impecable del triángulo atorado en un círculo que amenaza con transformarse en un remolino.

Quien escribe para recalcar que no escribe cambia de especie velozmente y evoluciona hacia la perfección.

Tengo permiso de mentir, pero no hay mentira si antes o a un lado no hay verdad.

Jamás aclararía yo lo oscuro. Sobre todo si no es mío.

Calculo el tiempo que me tomaría juntar los pedazos y restituirlos a una forma original, una quimera, una serpiente que se muerde la cola y nos hace reír. «Esto se ha salido de control», advierte Duarte. El peligro parpadea como un foco a punto de fundirse. La luz de las correspondencias en el bosque de los símbolos. Meto unas cuantas ninfas y pastores enamorados; una arcadia con un estanque que ya contiene el reflejo de una cara antigua. Me divierto y descanso en el taller hipotético. Alguien de veras está a cargo.

TEDI LÓPEZ MILLS

A Patricia.

*A Jacobo, Mauricio y el equipo
de Gris Tormenta; qué paciencia.*

*Este libro y yo les debemos tanto
a tantas personas. Gracias.*

Ilegible

Aunque, también, palabras más, palabras menos, así:

Hubo un taller. O habría. Habría habido un taller. De haber tenido un espacio. De haber estado acondicionado un sitio. De haber tenido tiempo. Porque, de inmediato, viene a la mente la pregunta por las condiciones necesarias para un taller. Las necesarias y las suficientes. La pregunta que viene a la mente, en este caso, es: ¿qué condiciones necesarias y suficientes deben cumplirse para que haya un taller?

Y uno podría arriesgar, a manera de respuesta: un espacio donde el taller suceda. Pero, examinada la proposición, el espacio no es imprescindible. Necesario no es, suficiente menos. Podría ser que el taller no tenga lugar. Entonces, si eso no es necesario y suficiente, arriesgaríamos a manera de respuesta tentativa: un texto. Un texto que resista los pinchazos, los pellizcos, las miradas casi bizcas que intentan enfocar algún detalle. Un texto sacrificial. Inmovilizado sobre una plancha, sobre una piedra. Un texto al quirófano. Un texto para aplacar dioses. Un texto dispuesto para la ortopedia. Un texto en la antesala de un confesionario, de un consultorio, de un anfiteatro. Un texto por analizar. Un texto por sojuzgar. Un texto por reanimar. Un texto que espera su diagnóstico. Un texto que viene por una receta. Un texto por revivir.

Pero, ya pensándolo, ni siquiera hace tanta falta un texto. Es mucho. Aunque pareciera necesario en un principio, el texto es mucho. No hace falta tanto. Es posible

que haya un taller, que haya habido un taller, sin un texto. Una idea, quizá, esquemática, o menos: embrionaria. Una intención. De hecho, el grado cero de la intención, una inquietud. O mejor, eso de lo que están hechas las inquietudes. ¿Una curiosidad? ¿Un palpito? ¿Cuál es el ingrediente activo de las intenciones? Una insinuación. Un guiño que de alguna manera se hace perceptible y, aunque no haya lugar, está. Tal vez, de manera preliminar y tentativa, llegamos a una condición necesaria y suficiente. O por lo menos en un sentido necesaria y casi suficiente. Llegamos, al parecer, a una respuesta.

Habría habido un taller. O hay un taller. Porque detrás, enfrente, en otro sitio que no es el sitio donde ocurre este palabrerío —este mismo—, hay un guiño, ese ingrediente activo de la intención. Una ondulación, un cambio de presión, una distorsión de la normalidad, una chispa, un temblor, una duda. O hubo, en algún momento, una duda y un taller, que sirvió para hacer de la duda algo concreto, algo extenso para que el chispazo

prenda. Porque ese temblor en el continuo de las cosas, esa duda que interrumpe la marcha adocenada de las certezas, a su manera, instala el taller. Lo abre. Lo inaugura. O simplemente lo hace posible, ha lugar.

Entonces, hay, o hubo, un taller, convocado por una intención, instalado no a su pesar, sino a propósito, por intercesión suya, en reacción positiva y concordancia con sus prescripciones. El taller, en una marcha secreta, dispone de un margen para indagar en esa duda, para hacer de esa insinuación, de ese pálpito, un objeto amplio para estudiar. De estudio —la amplitud no es condición ni necesaria ni suficiente— y de obsesión. Las acepciones enlistadas en el párrafo tercero de esta sección, que evaluaban el tipo de texto necesario y suficiente para hacer lugar a un taller, bien podrían aplicarse aquí a la intención: una intención que resista los pinchazos, los pellizcos, las miradas casi bizcas que intentan enfocar algún detalle. Sacrificial, inmovilizada sobre una plancha, sobre una piedra, quirófano, y así sucesi-

vamente. Sin embargo, hay que decir que este taller, el que se decide que hubo por el cumplimiento de los criterios necesarios y suficientes —o que habría de hallarse al aparecer una duda que interrumpa el continuo zafio de certezas—, o el que hay, más allá del palabrerío, no es un concepto general. Perdón por la interrupción, pero sería omiso no señalar que la palabra *aparecer*, el acto que refiere y la imagen que convoca, es problemática, porque necesitaríamos otro rato de palabrerío para definir los términos de esa aparición. Por eso, reconozco que pido aquí, como sucederá en tantos otros momentos a partir de aquí, una indulgencia. Es un taller particular que, a su manera, tuvo lugar, si es que lo tuvo, merced al pliegue que supuso alguna duda concreta, y se desarrolló, sucedió y fue dejando, a su manera, un trazo, un rastro, o muchos, de las variaciones de la inquietud que lo animó. Minúscula, intrascendente, personal o decisiva, la inquietud es recuperable. Se puede, en otras palabras, gracias a esas huellas, gracias a la evidencia

de que el taller tuvo lugar, si es que lo tuvo, reconocer la inquietud, hacerla propia o rechazarla. Es decir, se puede ser parte del taller o no. Esa, en todo caso, es la segunda pregunta que se viene a la mente de inmediato. O por lo menos en la inmediatez que sucede después de la imperativa interrogante que, antes de comenzar, pregunta por la posibilidad misma del taller. Una vez que nos acercamos de algún modo a una respuesta preliminar y tentativa, pero en algún sentido necesaria y casi suficiente para esa primera cuestión, inmediatamente aparece esta segunda, una segunda pregunta inmediata que interroga, ya establecido que el taller es posible, qué es lo que, para decirlo con un verbo orondo de solemnidad, se *tallerea*.

La respuesta a esta pregunta, que ya se demora bastante, de algún modo suena. Suena a voz de épocas pasadas. Suena a solemnidad, a cavernosa solemnidad, a eco, a cosa grave. Resuena. Suena, la palabra escrita en general. De algún modo, escrita y sonora, la respuesta a la pregunta por el tallereo es,

qué remedio y qué enredo, otra pregunta. No una pregunta que comienza con un signo de apertura y cierra, como se debe, con el signo complementario. Más bien se trata del relato de una interrogación. Eso suena mejor. El relato incierto de una interrogación. El relato dudoso de una incertidumbre. El relato de una inquietud que no está convencida de su planteamiento. Es en ese sentido, más precisamente, que la respuesta a la pregunta segunda, a la que inquiere acerca de lo que se *tallerea*, es una pregunta. Y aunque no se plantea así, podría hacerlo. Es decir, que todo este palabrerío también podría haberse hecho económico, más cortito, concreto. Para eso, reconozcámoslo, se requiere certeza, una asertividad que aquí no hay, o, en todo caso, algo más que solo el eco de una voz oronda de engolada vanagloria. De tenerlos, la certeza y los arrestos, después de unas idas y unas vueltas, se detendría todo con una frase que pretende algo de escarnio. Suena a lo mismo, a voz de seriedad, exasperada. Y todo esto para responder una

Pablo Duarte

Pablo Duarte (Ciudad de México, 1980) es editor y escritor. Ha colaborado con diversos proyectos editoriales —impresos y digitales—, como las antologías *Lo infraordinario* y *Nuevas instrucciones para vivir en México*, de Gris Tormenta; *El internet de las cosas*, un libro interactivo publicado por el Centro de Cultura Digital de México; la antología *Breve historia del ya merito*, de Sexto Piso; *Arbitraria*, un muestrario de poesía y ensayo editado por Ediciones Antílope; programas radiofónicos y podcasts literarios; así como

con artículos para medios como *Hoja Santa*, *Tierra Adentro* y *Letras Libres*, en donde fue editor digital durante siete años. También participó como editor en Tumbona Ediciones, en donde fue uno de los coordinadores de la emblemática colección Versus. Entre tal variedad de ocupaciones —ensayista, locutor, corrector, guionista, traductor, ilustrador—, Duarte deambula casi siempre por el *back-stage* del mundo editorial.

Su obra literaria es breve y dispersa, con una tendencia a explorar los distintos significados del fracaso como destino —una reflexión que lleva a extremos casi performativos: escéptico de sí mismo, es un escritor que evade el protagonismo, las audiencias y hasta el propio acto de terminar un manuscrito y entregarlo. Duarte parece responder a los estímulos del texto comisionado (acaso un género en sí mismo) como única posibilidad de presentarse públicamente. La curiosidad ante estas inusuales posturas fue el origen de la comisión de este libro. «No tengo autoridad alguna para hablar de edición y

escritura, y sin embargo aquí estamos», dice al principio de su narración. Solo una voz sin pretensiones —antagonista del escritor «con trayectoria»— logra despojarse del ego para interrogar el lenguaje y la literatura desde la raíz, al tiempo que muestra un gran interés por desentrañar la maquinaria detrás de las intenciones de los llamados «productos culturales» de la sociedad actual.

Su personalidad literaria ha estado enmarcada por un característico estilo experimental, desenfadado pero alerta, expresado siempre con indagaciones formales agudas que ponen en duda el pensamiento mismo y cuestionan el acto de creación. ILEGIBLE es su primer libro: en busca de un texto «ideal» y la coherencia semántica, Duarte utiliza el titubeo —el cual conoce bien y despliega con destreza— para hacer un ejercicio tras bambalinas: las oraciones que se inspeccionan a sí mismas, el párrafo que parece reescribirse hasta la eternidad, el ensayo que se ensaya. Todo esto, pareciera, con una admirable necesidad, casi dependencia, de la palabra escrita.

Tedi López Mills

Tedi López Mills (Ciudad de México, 1959) es poeta, ensayista y traductora. Comenzó la Licenciatura en Filosofía en la UNAM y la concluyó en La Sorbona, en donde también realizó una maestría en Literatura Latinoamericana.

Su obra en poesía y prosa ha ganado los premios literarios más importantes del país, entre ellos, en 2005, el Premio Iberoamericano Bellas Artes de Poesía Carlos Pellicer para Obra Publicada, por *Amigo del perro cojo*; el Premio Xavier Villaurrutia de Escritores para Escritores, en 2009, por *Muerte en la rúa*

Augusta; y el Premio de Narrativa Antonin Artaud, por *Libro de las explicaciones*, en 2013. Paralelamente a su carrera como escritora, ha sido también compiladora de antologías de poesía mexicana y traductora de varios libros, entre ellos *Autobiografía de Rojo*, de Anne Carson, y *Matrices de viento y de sombra*, de Gustaf Sobin.

Su estilo ha mostrado una gran voluntad de experimentación y una búsqueda constante de hallazgos formales desde sus primeros libros: la fusión entre géneros, la fuerza de un lenguaje más allá de la lírica, la creación de voces poéticas y narrativas agudas y la vacilación como paradigma son algunos de ellos. Estas exploraciones le han significado el reconocimiento como una de las escritoras más importantes de México.

«Hasta ahora mi solución ha sido borrar en mi cabeza lo anterior y concebir solo la existencia de lo que estoy escribiendo», contó en una entrevista. «De todas maneras, haga lo que haga, el estilo equivale ya a un recurso de la memoria.»

Sus publicaciones más recientes son *La invención de un diario*, *Mi caso Rimbaud* y *Lo que hicimos*. Además, participó en *Nuevas instrucciones para vivir en México*, una antología comisionada por Gris Tormenta. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

NOTA DE LOS EDITORES

Este ensayo contiene una serie de referencias que representan solo una muestra de todas aquellas que atraviesan la mente del escritor en el proceso de creación de un texto. Es, de una u otra forma, un pequeño asomo a la complejidad creativa del alumbramiento literario.

Aparece, en la página 30, una breve cita de Macedonio Fernández, un experimentador implacable de la literatura hispana. En su «Prólogo a la eternidad», del *Museo de la novela de la Eterna. Primera novela buena*, dice: «Todo se ha escrito, todo se ha dicho, todo se ha hecho, oyó Dios que le decían y aún no había creado el mundo, todavía no había nada. También eso ya me lo han dicho, repuso quizá desde la vieja, hendida Nada. Y comenzó».

Más adelante, en la página 32, un guiño a Salvador Elizondo, otro de los grandes experimentadores metaliterarios del siglo xx. En «El grafógrafo», hace una *mise en abyme* del acto mismo de escribir: en muchos sentidos, podría leerse como un antecedente de ILEGIBLE.

En la página 55, además, una alusión a *Enemies of Promise*, del crítico británico Cyril Connolly, en el que explora, en una mezcla de crítica literaria y ensayo autobiográfico, las razones por las que nunca pudo convertirse en un escritor exitoso.

El *Fedro*, de Platón —el gran espacio filosófico-literario donde se hermanan las reflexiones sobre el amor y la belleza—, aparece citado en las páginas 58 y 61. En la voz de Sócrates y Fedro, nos sumergimos en un tema que descansa también en las profundidades de ILEGIBLE: las discusiones sobre la retórica y la unilateralidad de los textos escritos.

ILEGIBLE

© Taller Editorial Gris Tormenta, 2020
Guerrero Sur 34, Centro Histórico
76000, Querétaro, México
gristormenta.com

© Pablo Duarte, 2020
© Tedi López Mills, 2020

Edición: Mauricio Sánchez, Jacobo Zanella
Coordinación y diseño: Jacobo Zanella
Asistencia editorial: Luis Bernal y Germán Vázquez

ISBN 978-607-97866-9-4

Impreso en México / *Printed in México*

Prohibida la reproducción parcial o total sin
permiso escrito de los editores. Todos los derechos
reservados.

Esta primera edición se terminó de imprimir
y encuadernar el 20 de diciembre de 2020 en los
talleres de Litografía Ingramex en la Ciudad
de México. El tiraje fue de mil ejemplares.

Este libro fue realizado gracias al Sistema
de apoyos a la creación y a proyectos culturales
(Fonca), a través del Programa de Fomento
a Proyectos y Coinversiones Culturales 2019.

OTROS TÍTULOS EN LA COLECCIÓN EDITOR

Perder el Nobel

Laura Esther Wolfson

Una historia sobre la fuerza de la literatura rusa, el oficio de la traducción y el significado de la pérdida. Y una gran introducción a Svetlana Alexiévich, Nobel de Literatura.

Traducción y prólogo de Marta Rebón.

Terminé las páginas y las dejé a un lado. Cuando volví a ellas unos días más tarde, me sentí desconcertada: ¿Qué le había hecho a Svetlana? Todo en mi interpretación era correcto, pero nada estaba bien.

Una mujer se sienta a reflexionar sobre todo lo que ha vivido. En busca de la distancia correcta para darle un gran sentido, adopta un tono de voz que refleja profusamente todo lo que sucedió. Esta voz vive en la mente del lector mucho después de la última página. — *Vivian Gornick*

El Notting Hill Editions Essay Prize es el premio de no ficción más generoso del mundo. Los ganadores son elegidos por su originalidad, estilo literario y, sobre todo, su capacidad de persuadir. «Perder el Nobel» habla sobre perder la oportunidad de traducir a una escritora ganadora del Nobel. — *Notting Hill Editions*

ISBN 978-607-97866-3-2

Lee un extracto y encuentra más detalles en:
www.gristormenta.com/pen

OTROS TÍTULOS EN LA COLECCIÓN EDITOR

Las posesiones

Thomas Bernhard

Dos historias sobre la vida material de un escritor, sus manías y extravagancias, los premios inesperados y su postura literaria ante la vida.

Traducción de Miguel Sáenz y prólogo de Andrés Barba.

No fue el premio mismo el que me salvó de mi catástrofe anímica, incluso existencial, sino el pensamiento de poder enderezar mi vida con el premio de diez mil marcos, darle un giro radical, volver a hacerla posible.

Cada año deseo que Bernhard estuviera vivo. En un mundo ideal, las mejores revistas le pagarían para asistir a las entregas de premios por todo el mundo, permitiéndole artículos muy extensos en donde pudiera dar rienda suelta a su distintiva mezcla de misantropía, injuria, mordacidad y cólera en párrafos infinitos. «Todo es malo y lamentable. No hay nada excepto fracaso», escribió alguna vez. —*Dan Piepenbring*

De todos los textos que he leído de Bernhard, y les aseguro que no son pocos, creo que estos son los que más me han hecho reír. —*Andrés Barba*, en el prólogo

ISBN 978-607-97866-4-9

Lee un extracto y encuentra más detalles en:
www.gristormenta.com/ps

OTROS TÍTULOS EN LA COLECCIÓN EDITOR

Una vocación de editor

Ignacio Echevarría

Un acercamiento personal a la figura y la labor editorial de Claudio López Lamadrid, lector y prescriptor entre dos siglos.

Prólogo de Emiliano Monge.

La figura del DJ ilustra muy idóneamente la figura del prescriptor en la era de Internet [...], la que aspiraba a ejercer Claudio. Y no solo eso: también del tipo de autoridad, de atractivo y de prestigio que pretendía para sí.

Claudio sí me exigió: me pidió que escribiera libros que de otro modo no me habría atrevido a escribir. —*Rodrigo Fresán*

Solo por haber editado a Foster Wallace, para mí ya era un héroe. —*Leila Guerriero*

Tiene razón Echevarría: como el de ningún otro editor, el trabajo de Claudio estuvo siempre determinado por los rasgos de su personalidad. Una personalidad para la que, por otra parte, dejar claro cuáles eran los límites entre el trabajo y la amistad siempre fue tan esencial como complejo. —*Emiliano Monge*, en el prólogo

ISBN 978-607-97866-8-7

Lee un extracto y encuentra más detalles en:
www.gristormenta.com/uve

COLECCIÓN EDITOR

¿Qué significa tener una postura literaria ante la vida? La colección incluye testimonios en primera persona que exploran los elementos del proceso editorial; raros hallazgos e historias originales que ofrecen un vistazo a la maquinaria oculta de la producción literaria. Conforman la colección:

Perder el Nobel, de Laura Esther Wolfson. Un ensayo personal sobre el oficio de la traducción y el significado de la pérdida a través de la historia de la traductora que dejó ir la oportunidad de traducir a Svetlana Alexiévich. La traducción y el prólogo son de Marta Rebón.

Las posesiones, de Thomas Bernhard. Sobre los premios literarios y la vida financiera de un escritor —lo que siente, lo que detesta y lo que compra con el dinero de cada premio. Un libro, como el resto de la obra de Bernhard, lleno de ironía. El prólogo es de Andrés Barba.

Una vocación de editor, de Ignacio Echevarría. Un retrato íntimo de Claudio López Lamadrid, el destacado editor español, escrito por uno de sus grandes amigos. El prólogo es de Emiliano Monge, cuyas últimas novelas fueron editadas por López Lamadrid.

¿Qué pasaría si pudiéramos escuchar el pensamiento de un escritor mientras escribe, de un editor mientras edita? ¿Si pudiéramos leer no un texto, sino a nosotros mismos leyéndolo? ILEGIBLE representa los complejos mecanismos y decisiones detrás de ese proceso —la idea germinal, el deslumbramiento de la hoja en blanco, el viaje que se prolonga tras las páginas— contados desde la voz consciente de un autor ficcionado.

A través de un poético ensayo que se analiza a sí mismo todo el tiempo, asistimos al proceso de creación de un texto que se escribe en un taller imaginario. La incertidumbre intermitente permite entrever la imposibilidad de los escritores de asir ciertas ideas como fueron concebidas. Pero es en esta búsqueda, en el desencanto y la fascinación de una escritura que pareciera nunca terminar de escribirse, que este libro, luminoso y tentativo, muestra el proceso mismo de la invención literaria.

Voy a observar el crecimiento de algo que se llama texto y se trabaja en un taller hipotético. Ya lo dijo un gran sabio: una hoja en blanco es de hecho una hoja en negro. Un libro esconde otro libro. Una mano escribe lo que la otra oculta porque ya se escribió lo escrito antes de escribirlo. —*Tedi López Mills*

La colección Editor explora los procesos, largos e inesperados, que existen antes de que un libro sea abierto por un lector. Memorias y ensayos sobre las grandes ideas que suceden en el *backstage* literario: creación, traducción, crítica y edición.

TALLER EDITORIAL
GRIS TORMENTA 2020
COLECCIÓN EDITOR 4
gristormenta.com

ISBN 978-607-978666-9-4



9 786079 786694 >



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

FONCA

(Sistema de apoyos a la creación y a proyectos culturales)